

El padre de la piadosa jóven vino en busca del Santo, seguido de una gran multitud de parientes y de otras personas que quisieron acompañarle : le refirió todo lo que le habia ocurrido, y lo publicó por todo el mundo. Permaneció durante una semana al lado de la columna, y volvió á su pais dando gracias al Señor.

### Capitulo III

Después de referir el sacerdote Cosme los hechos que dejamos consignados en el capítulo precedente, detalla muchos milagros que hizo el Santo, tanto en favor de marinos, como de gran número de enfermos, siendo estos milagros tantos más ciertos é innegables, cuanto que los que experimentaron el efecto de sus oraciones eran personas de consideración, de quienes no es posible sospechar razonablemente que acreditasen imposturas. Curó efectivamente á uno de los más ilustres personajes de Sabea de una enfermedad cruel, en cuya curación habia agotado todos los recursos de la medicina. Curó también al hijo de un gran señor de Persia, que hacia quince años que estaba paralítico, lo cual movió á su madre y á su hermana á convertirse á la fé y á recibir el bautismo. Devolvió también la salud al hijo del gobernador de Avaunia, que gozaba de gran prestigio ante el rey de Persia, y á quien un accidente apoplético habia quitado el movimiento de medio cuerpo. El mismo beneficio hizo á Denis, prefecto de la milicia del emperador, y por recomendación de éste curó también á un jóven de Anaceta en los confines de la Persia y de la Armenia, y poco ántes habia curado también á cuatro hombres, que padecian de lepra elefantina, tres de los cuales estaban poseidos del demonio.

Tendriamos que añadir un gran número de milagros, de que Teodoreto fué testigo ocular, así como muchas

predicciones hechas por el Santo, y cuyo cumplimiento presenció el mismo escritor ; pero nos llevaria más allá de nuestro propósito. No debemos omitir, sin embargo, que con la humildad y el fervor de sus oraciones contuvo muchos azotes, con que Dios se disponia á castigar los pecados de los hombres : como cuando un dia vió caer del cielo dos varas, una sobre el Oriente, y otra sobre el Occidente, las cuales significaban las correrías y rapiñas, que habian de realizar en el imperio los Escitas, que parecen ser los hunos, hechos en aquella época señores de todo el septentrion, y los Persas de otra parte. En efecto, el Santo lo avisó al pueblo ; pero con sus oraciones y lágrimas consiguió que no se verificase su invasión : pues los Persas se vieron agitados por turbulencias interiores, y los escitas, viendo que los Romanos les dejaban en paz, no quisieron turbarla.

Consignaremos aquí la admirable conversión de un ladrón, que refiere Antonio, discípulo del Santo. Los Isaurios tenian un jefe llamado Antioco Agonato, cuyas correrías tenian aterrados á todos los habitantes del pais, y en cuya persecución se habian empleado inútilmente numerosas tropas. Por último, se puso en conmoción toda la ciudad de Antioquia y envió á la campiña ciento cincuenta hombres escogidos y bien armados. Encontráronle en una cabaña, y viendo el salteador el peligro en que se hallaba, tomó su espada, amenazó con la muerte al que se le acercase, y montando en un caballo, corrió á refugiarse cerca del Santo, como en un asilo seguro.

Se abrazó á la columna, y exclamó en voz alta : « Siervo de Dios, salvadme, porque perece mi alma... ¿ Qué quieres de mí, le dijo el Santo?... Soy, respondió, Agonato, el famoso capitán de ladrones, y recurro á vos en busca de mi salvación... Concibe, le replicó Simeón, un sincero dolor de todos tus crímenes... No me he refugiado aquí, dijo Agonato, con otro objeto.

A poco llegaron los soldados que le perseguían, y dijeron á Simeón : Santo Padre, no es justo que deis protección á un malvado : entregadle á nosotros para que le impongamos el castigo que merece. Hijos míos, les respondió el Santo, no soy yo el que le he llamado ; pero tened presente que el que conoce sus crímenes y se arrepiente, Dios tendrá misericordia de él. En cuanto á mí, no puedo entregarlo, porque el reino de los cielos es de los penitentes. De dos ladrones que fueron crucificados con Jesucristo, uno entró inmediatamente en posesión de este reino, y el otro recibió el castigo que merecía. Si alguno de vosotros se atreve á oponerse al que le ha enviado aquí, entre por él.

Al oír estas palabras se retiraron los soldados, y entónces Agonato dijo al Santo : « Señor, me voy. ¿ Qué dices ? ¿ vuelves á tus crímenes... No, padre mio, es que el Señor me llama, y levantando las manos al cielo, dijo : Señor mio Jesucristo, hijo de Dios, recibid mi espíritu. » Lloró durante dos horas de una manera tan conmovedora, que el Santo y todos los asistentes derramaron también abundantes lágrimas. En seguida, inclinando su cabeza sobre la columna, entregó su espíritu al Señor. Retiraron su cuerpo, y lo enterraron en el monasterio.

De lo que llevamos expuesto se deduce la eficacia de su oración para con Dios y de sus exhortaciones para con el pueblo. Pero si empleó el ardor de su celo para los particulares, no lo hizo ménos, dice Teodoreto, para el bién general de la Iglesia, ya combatiendo la impiedad de los idólatras, ya quebrantando la pertinaz resistencia de los judíos, ya disipando las facciones de los herejes. Escribió al emperador con este motivo una carta apologética, que fué recibida, como todas las demás que le dirigió, con gran veneración. Animaba también el celo de los obispos y de los magistrados en todo lo que se refería al servicio de Dios.

De ello aduce Cosme una prueba muy célebre de que hacen mención todos los historiadores. El prefecto Asclepiades, abuelo de la emperatriz, y que gozaba de gran prestigio para con el emperador, dispensaba una decidida protección á los judíos y paganos, y era enemigo de los cristianos. Para favorecer á los judíos, sacó por sorpresa un edicto del emperador, por el cual se ordenaba á los cristianos que les devolviesen las sinagogas que se les habían quitado, y que edificasen á su costa las que habían sido destruidas. Había empezado á publicarse este edicto en muchas ciudades, con órden expresa á los magistrados de que lo ejecutasen exactamente. Es imposible expresar la amargura y aflixión que este impío edicto produjo en todos. Los judíos y paganos empezaron á hacer alarde de su triunfo, apareciendo en público vestidos con blanco ropaje para manifestar su gozo é insultar á los fieles. Pero no tardó mucho tiempo en ser reprimida su audacia. Desde el momento en que se publicó el edicto, muchos obispos escribieron á san Simeón, que fué sumamente afligido. Se inflamó su celo, y escribió una carta muy enérgica al emperador, en la cual le hacía presente que en aquellas circunstancias se había olvidado de Dios, de quién había recibido su diadema y su imperio, que se había declarado amigo y celoso protector de los judíos, impíos blasfemadores del nombre de Jesucristo : que debía temer que Dios le castigase muy severamente, así como á los que le habían aconsejado la publicación de este edicto, y que, si Dios le castigaba, como pudiera ocurrir muy pronto, se vería obligado á reconocer que había descargado sobre él la cólera del cielo por haber faltado á la fidelidad prometida.

Teodoreto quedó espantado al leer estas amenazas, pues conocía la rectitud y la santidad de Simeón, y sabía que el espíritu de Dios residía en él. Sufrió grande amargura el

emperador por haberse dejado engañar por Asclepiades : revocó su edicto, y se apresuró á enviar órdenes para suspender su ejecución. Los judíos, pues, quedaron confundidos : la Iglesia cambió su tristeza en cánticos de gozo, y de acción de gracias y los ardides del demonio quedaron defraudados. Pues el emperador no se contentó con anular su edicto, sino que arrojó ignominiosamente de su corte á Asclepiades, que habia sido el promotor, y envió á san Simeón, por medio de algunos de sus oficiales, una carta, en que le manifestaba la pena que le habia producido su falta, y le pedía que le alcanzase el perdón de Dios.

Hallándose afligida la Iglesia despues del concilio de Éfeso por el cisma de algunos obispos orientales, adictos á Nestorio contra san Cirilo y algunos otros prelados ortodoxos, el mismo príncipe escribió dos cartas á san Simeón, en las cuales, despues de consignar que nada olvida para proteger la causa de la religión, le suplica que pida á Dios la gracia de traer los espíritus á una perfecta unión, y de dar la paz á la Iglesia.

La segunda carta comienza de esta manera : « Como sabemos muy bién que vuestra vida se halla únicamente consagrada á Dios, y que la santidad que practicais es un motivo muy poderoso para atraer sobre nosotros los efectos de su bondad, hemos creído conveniente escribiros, á fin de que alcanceis un feliz éxito en el asunto que nos preocupa, y que depende de la Providencia más que de nosotros. » Despues de ésto le exhorta el emperador á que emplee el prestigio que le da su piedad sobre los espíritus, para inclinar á Juan, patriarca de Antioquía, á suscribir la deposición de Nestorio, y á reconciliarse con san Cirilo de Alejandria, lo cual traeria indudablemente la paz. Añade, por último, que trabajando en este sentido, combatiría por la gloria de Dios, alcanzaria una señalada victoria sobre el demonio, que es el que ha promovido esta discordia, y haría

una obra digna de la santidad que profesa. Concluye su carta, recomendándole que pida la bendición de Dios, tanto para su persona como para su imperio y sus súbditos, pues el buén éxito de todo sólamente lo espera de sus oraciones.

Hemos visto en la vida de san Eutimio, que separó á la emperatriz Eudoxia, viuda de este mismo emperador, del partido del monje Teodosio, eutiquiano y usurpador de la silla de Jerusalem, y que la atrajo al partido de los católicos. El emperador Marciano, sucesor de Teodosio, se vistió de un hábito especial para ver al Santo, y volvió penetrado de veneración á su extraordinaria virtud. León, que reinó despues de él, queriendo saber los sentimientos de toda la Iglesia de Oriente relativamente al concilio de Calcedonia, y principalmente sobre Timoteo Eluro, que se habia intrusado en la Iglesia de Antioquía, escribió á los metropolitanos de su imperio y á algunos anacoretas ilustres. San Simeón no fué olvidado, y en su respuesta sostuvo con energía los dogmas de la Iglesia y las decisiones del concilio de Calcedonia, declarándose contra la intrusión de Eluro.

No poseemos la respuesta que dió al emperador ; pero el historiador Evagrio nos ha conservado una parte de la que dió á san Basilio en nombre de los obispos de Antioquía. Podemos asegurar, dice, y bendito sea Dios por ello, que nuestros votos no han sido rechazados, y que ha hecho brillar sobre mí su misericordia, por más que sea un gran pecador. Cuando recibí vuestras letras, no he podido ménos de admirar el celo y la piedad del emperador, tanto por los santos Padres, como por la fé que estos han defendido. No es un don nuestro sino del mismo Dios, como dice el Apóstol, el que por vuestras oraciones haya concedido esta buena voluntad á su Majestad imperial. « Y un poco despues añade. » Aunque soy vil y despreciable, y un aborto de monjes, he declarado también mis sentimientos

al emperador en orden á la fé de los seiscientos treinta Padres congregados en Calcedonia, adhiriéndome y confirmandome en esta fé revelada por el Espíritu Santo. Pues si el Salvador se halla presente, siempre que se hallan congregadas dos ó tres personas en su nombre, ¿ como no podrá hallarse el Espíritu Santo entre tanto número de obispos? Sed, pues, tan firme y constante para la verdadera religión, como Josué lo fuera para el pueblo de Israel. Os ruego que saludeis de mi parte á todo vuestro piadoso clero y á todo el pueblo fiel. »

Por último, dice el historiador Cosme, puede venirse en conocimiento de la alta estima que los magistrados y hasta los reyes habian concebido de su santidad, por el gozo increíble que manifestaban al recibir sus cartas, por la diligencia con que se apresuraban á contestarle, á ejecutar lo que les ordenaba, y por el rendimiento de gracias que daban á Dios en vista de las maravillas que hacía brillar en las obras de su siervo, de tal manera que se realizaba en él lo que se dice en el Evangelo del siervo bueno y fiel, cuyas obras brillarán en las naciones desde los parajes en que sale el sol hasta aquellos en que se oculta.

En efecto, prosigue Cosme, ¿ quién podrá contar el número prodigioso de hombres, que, no conociendo ántes al verdadero Dios, le rindieron culto en vista de las obras maravillosas de su gran siervo Simeón? ¿ quién podrá enumerar los pecadores que ha convertido, y los libertinos, que, entregados á toda clase de excesos, aprendieron de sus enseñanzas á vivir en continencia? ¿ quién podrá decir cuantas mujeres, que, habituadas al mal, venian de los más remotos paises, atraídas por la reputación de la santidad de Simeón, y que con solo verle en lo alto de la columna, se sentian interiormente movidas á encerrarse en un monasterio, para pasar el resto de su vida en los trabajos de la penitencia?

Como de todos los paises venian personas, unas para que con sus oraciones las librase de algún mal corporal, otras en busca del remedio espiritual de sus almas, y otras para pedirle consuelo en sus tribulaciones temporales, se veia siempre su columna rodeada de gentes que venian de las más léjanas regiones de la Arabia, en donde no se conocia el uso del pan, y en donde la carne constituia el único alimento. Los bárbaros, los partos, los armenios, y los pueblos de todas las lenguas, admirados de su vida extraordinaria, y vivamente penetrados de sus admirables instrucciones, renunciaban al punto á sus supersticiones, abrazaban la fé de Jesucristo, y lavaban sus pecados en las aguas vivificantes del bautismo, llevando á sus hogares la verdadera fé.

Se veian al mismo tiempo en estas gentes unas mudanzas tan extraordinarias, que, en el celo que las animaba, unas veces perdonaban á sus deudores las cantidades que les debian, y otras daban libertad á sus esclavos. No se veian tampoco entre ellas ni la opresión, ni el vejámen; pues juntamente con la fé habian abrazado la práctica de la dulzura y de la caridad evangélica. Y no era sólomente entre la gente ignorante, en la que se obraban estas mudanzas maravillosas, sino hasta entre los príncipes y jefes de las tribus, entre las personas de más distinción y entre los nobles, los cuales compartian con sus subditos el don precioso de la gracia, que Dios distribuía entre los que tenían la dicha de venir á visitarle. Cosme asegura que fueron innumerables los poderosos del siglo que tuvieron esta felicidad.

El mismo historiador refiere muchas curaciones milagrosas que de Dios obtuvo este Santo por medio de sus oraciones, y prueba su certeza por tres circunstancias que las hacen indudables. La primera es, que muchos de aquellos, en cuyo favor las obró Dios, eran personas distin-

guidas, ya por los elevados cargos que desempeñaban, ya por su nobleza, ó ya también por sus bienes, La segunda es, que las curaciones que obraba el Santo eran instantáneas : pues se veía que los poseidos eran librados al punto del maligno espíritu ; los paralíticos saltaban de su lecho, y usaban de sus miembros con la misma libertad que si no hubieran estado enfermos, y otros, que, habiendo estado cubiertos de úlceras y casi consumidos por la lepra elefantina, se encontraban repentinamente curados, sin que en su carne quedase vestigio alguno de la terrible enfermedad que habían padecido. La tercera es, que hacía estas curaciones en presencia de una infinidad de testigos, que habían visto á los enfermos con sus enfermedades, y los veían despues curados de ellas por las oraciones del Santo, sin que pudiesen fingirlas, aún cuando su voluntad hubiese estado mal prevenida contra el Santo, ó interesados en hacer sospechosa su virtud. ¿ Qué de admirar es, por lo tanto, que unos prodigios tan brillantes produjesen admirables conversiones en todos los pueblos ? La evidencia de estos milagros no podía ménos de producir estas conversiones, que á su vez confirmaban la verdad de estos milagros.

Hemos dicho al principio de la vida del Santo, que tenia un hermano llamado Sémsis, que también abrazó la vida monástica. Dios le arrebató de este mundo cinco años ántes que el Santo subiese á la columna, y le dió á conocer el dia de su muerte tres meses ántes que ocurriera. Se lo participó á tres de los principales habitantes de la aldea, rogándoles que preparasen una caja, para depositar su cuerpo, é impedir que fuese arrebatado. Sémsis mereció esta distinción por su piedad eminente. Dejó una gran reputación de santidad, que le habían merecido sus virtudes.

Nuestro Santo no le sobrevivió sino para hacer brillar en

el resto de su vida las maravillas del poder de Dios, tanto por su penitencia extraordinaria, como por los innumerables prodigios que obró, según Dios se lo dió á conocer en la visión en que le manifestó la próxima muerte de su hermano. Pero este divino Señor que le habia dado al universo para obrar la conversión de tantos idólatras y de tantos pecadores, para ser el consuelo de tantos desgraciados, para la salud de tantas almas, y para la gloria de su Iglesia, este divino Señor, digo, quiso al fin coronar con una gloria inmortal los trabajos que este siervo habia sufrido por su amor, y las innumerables obras de caridad que habia practicado. Como habia sido un hombre de prodigios durante su vida, no dejó de serlo también en su muerte que fué acompañada de circunstancias milagrosas. Debemos el conocimiento de ellas al sacerdote Cosme : pues los demás historiadores no nos han dado tantos detalles como él, y vamos á referirlos muy sucintamente, y sólo aquellos que son necesarios para la edificación de los fieles.

Si su vida, dice, fué un tejido de maravillas, no lo fué ménos su muerte, la cual le dió el mismo Dios á conocer cuarenta años ántes en una visión. Habian transcurrido siete años desde que se encerró en su clausura, cuando se le aparecieron dos personajes vestidos con blanco ropaje. Uno de ellos tenia en su mano una vara, de la cual se servia para medir hasta la altura de cuarenta codos, y volviéndose despues hacia el otro que le acompañaba, le dijo : Cuando se cumpla el número cuarenta, será éste separado del mundo ; pero ántes que esto suceda, daré á la tierra un signo extraordinario.

Aunque el espíritu celestial que así hablaba no dirigia su palabra al Santo, comprendió que se referia á él, y que le anunciaba el tiempo de su muerte. Pero ¿ cual era este signo que habia de precederla ? Lo reconoció en un terrible terremoto, que destruyó la mayor parte de la ciudad de